

NOTAS Y DEBATES

LA ARGENTINA PERONISTA: AGONÍA Y CONTINUIDADES (A PROPÓSITO DEL LIBRO DE TULLIO HALPERIN DONGHI)*

MARCELO CAVAROZZI

EL EJE DE ESTE TEXTO estupendo es la caracterización de la Argentina peronista, aquella que se configura a partir de mediados de la década del cuarenta. La primera contribución importante es el señalamiento de que esa Argentina generó más de un peronismo; los sucesivos peronismos, desde esta perspectiva, no solo correspondieron a distintas etapas en la evolución de esa fuerza sino a fenómenos políticos esencialmente diferentes; Halperin se concentra en el análisis de los dos primeros y prenuncia el tercero, el de Menem.

El primer peronismo se extendió entre 1945 y 1955, aunque ya desde 1948-1950 había agotado su impulso transformador y dinámico. El peronismo de la década de 1940 constituyó una revolución social que, como tal, redefinió profundamente las relaciones entre los grupos sociales: bastaba subirse a un tranvía para advertirlo, nos dice el autor. Sin embargo, esta revolución transcurrió en un contexto que hacía muy poco había dejado de ser "provisional", es decir, una sociedad de frontera en la que las distancias entre las clases sociales, a excepción de los grandes capitalistas y los terratenientes, se percibían como reducidas y cambiantes.

Casi al mismo tiempo en que en la Argentina comenzaba a cuajar un perfil de clases, el vendaval del peronismo se encargó de introducir una violenta torsión en las relaciones entre ellas. Esto, aduce Halperin, explicaría en gran medida la cir-

* Tulio Halperin Donghi. *La larga agonía de la Argentina peronista* (Buenos Aires, Ariel, 1994).

cunstancia de que el peronismo, al renovar la política argentina, no haría sin embargo más que perpetuar una modalidad de hacer política, que se venía reite-
rando al menos desde 1912, en la que se realimentaba en forma sistemática el
conflicto de legitimidades irreconciliables. No obstante, hubo una segunda razón
que reforzó la tendencia a que el conflicto se reagravara crónicamente, y tuvo que
ver no tanto con el peronismo, sino más estrictamente con la concepción de la
política del propio Perón. La obsesión del líder por perfeccionar técnicas que sus-
citaran obediencia y su reticencia a evitar toda forma de institucionalización a fin
de garantizar que la “única autoridad segura fuera la suya propia” resultaron en
la pérdida de una oportunidad decisiva para relegitimar la política argentina sobre
la base del principio de la soberanía popular y el sufragio universal.

Como bien apunta Halperin, el primer peronismo alimentó su paradójico fin: la
aspiración desafortunada de la unanimidad y el consenso generó por un lado victorias
electorales cada vez más abrumadoras, y por el otro, actitudes cada vez más irre-
ductibles y radicales del tercio opositor. En 1955, finalmente, la victoria de una
heterogénea coalición opositora, marcó la aparición del segundo peronismo y la ini-
ciación del período que a mi entender constituye el momento culminante de la
Argentina peronista. En esa Argentina la política transcurrió en dos planos: uno de
disenso, en el que el conflicto de la etapa anterior se exacerbó al quedar escindidos
en forma tajante dos mundos de la política (el peronista y el antiperonista), y otro
de consenso “subterráneo”, en el que capitalistas, sindicalistas y el resto de los acto-
res, con escasas excepciones, coincidieron implícitamente en la fórmula del capita-
lismo asistido y el Estado subsidiador, fórmula que descansaba tanto en acciones
del Estado como en omisiones. Este segundo plano de consenso, quisiera añadir,
abarcó no solo *qué* se buscaba, es decir, la maximización de las rentas sectoriales e
individuales a costa del “Estado”, o sea en realidad a costa de los otros actores, sino
también *cómo* se lo hacía. Los actores más significativos recurrieron en forma sis-
temática al chantaje a las instituciones como su herramienta principal de acción
política. El poder de capitalistas y sindicalistas descansó en gran parte en la fragi-
lidad del sistema político. Este fenómeno, como lo ilustró Liliana De Riz, afectó de
igual modo a las dictaduras militares y a los regímenes democráticos y semide-
mocráticos que se sucedieron a partir de 1955. Paradójicamente, los gobiernos que
resultarían afectados con mayor virulencia por el síndrome de la Argentina peron-
ista fueron los dos que precedieron su ocaso definitivo en 1989: la dictadura más
brutal de todas, que recurrió al terrorismo de Estado para combatir a enemigos
externos, es decir la “subversión”, e internos, y el gobierno más intachablemente
democrático de la historia política argentina, el de Raúl Alfonsín.

Y fue precisamente el gobierno radical iniciado en 1983, que a pesar de las
innovaciones que introdujo no se evadió del marco de la Argentina peronista, el
que sucumbió a la ilusión de que los problemas se solucionarían removiendo el
barniz autoritario de la política nacional y reemplazándolo épicamente por uno
alternativo, el de la institucionalización. En cambio, durante los años de Alfonsín

se agudizó el proceso de desorganización de la economía que se había iniciado en 1975 y que los militares y el ministro Martínez de Hoz no habían conseguido revertir a pesar de las reformas de 1978. Lo que desde la perspectiva del Estado se configuró como una renovada crisis fiscal y un total descontrol inflacionario, se podría percibir también como la sumatoria de los asaltos efectivos que llevaron a cabo los distintos agentes sociales sobre la soberanía estatal en materia monetaria y fiscal. Porque la Argentina peronista articulada a partir de 1955 podría ser concebida como un proceso de aprendizaje colectivo en el que se fueron perfeccionando mecanismos defensivos sectoriales e individuales que, paralelamente, fueron carcomiendo la efectividad de la acción estatal. En este proceso se mantuvieron equilibrios mínimos en materia del comportamiento de las variables económicas y del nivel de violencia y desinstitucionalización política, mientras ese aprendizaje de carácter negativo no fue completado; una vez que sí lo fue, el consenso subterráneo al que alude Halperin se tornó visible y, por lo tanto, se deshizo.

El último episodio de la Argentina peronista fue quizás el triunfo electoral de Carlos Menem en 1989. En esas elecciones el candidato victorioso apeló por última vez al tradicional discurso populista de oposición. El período que constituye a mi entender el tercer peronismo se inauguró a partir de los cambios que se dieron en la Argentina de la etapa posthiperinflacionaria. No es mi intención analizar en profundidad este momento; solamente me formularé una pregunta a partir de los párrafos finales del libro de Halperin.

Como apunta el autor, la institucionalización democrática fue propuesta por Alfonsín como una aventura al pueblo argentino. El encantamiento no duró demasiado y la fórmula menemista, en la que la apelación a las virtudes cívicas no desempeñaba un papel significativo, resultó mucho más atractiva en un contexto en el que la evaporación de la moneda había devaluado igualmente a los políticos. Sin embargo, las instituciones sobrevivieron a pesar de la prueba a que las sometieron la crisis económica, la insurgencia militar del período 1987-1990 y el retorno al poder de un partido que en el pasado había demostrado escaso apego a las reglas democráticas. Por cierto, el gobierno peronista ha manejado esas reglas mucho más discrecionalmente que su predecesor: resaltan episodios como la manipulación del poder judicial y el acoso presupuestario a gobiernos provinciales opositores. De todas maneras, el gobierno de Menem no ha quebrantado las instituciones, si bien ha contribuido a degradarlas.

Sin embargo, cabe preguntarse si la mediocridad de la democracia argentina, que se hace más visible por algunos rasgos desagradables del menemismo, no es parte de un proceso más general, común a otros regímenes de la región y de fuera de ella, en el que la redefinición del lugar de la política de las sociedades contemporáneas ha tenido un efecto contradictorio. La democracia se ha estabilizado, pero a costa de la pérdida de relevancia de las instituciones políticas en la vida cotidiana de las mayorías.

CONVERSANDO CON HALPERIN DONGHI

JOSÉ NUN

AL COMENTAR CUALQUIER obra, es inevitable tratar de ubicar el género al que pertenece, buscando algunas pautas iniciales de evaluación. Solo que, en este caso, la tarea no es fácil. Su autor, sin duda uno de los más grandes historiadores del continente, comienza por advertirnos que allí donde *Argentina en el callejón* (su libro de 1964) era básicamente una narración histórica, el nuevo texto es más analítico que narrativo y, por eso mismo, lo ha obligado a explicitar los criterios ordenadores del relato. La advertencia no me parece del todo justa. Por una parte, si es cierto que aquella obra estaba organizada como una crónica, no residió en ello su principal atractivo sino precisamente en la perspicacia de los análisis que contenía. Ahora, falta la crónica y hay interpretaciones igualmente ricas, pero la explicitación anunciada tiende a ser bastante módica. Solo que si no se trata de un relato histórico ni responde tampoco a los cánones tradicionales de una investigación monográfica o de un ensayo, ¿a qué especie pertenece entonces este escrito? Añado dos elementos en abono de una conjetura. Ambos trabajos tienen casi la misma extensión; pero mientras que el de 1964 estaba dividido en cinco capítulos, este de 1994 carece de índice y sus 140 páginas se despliegan sin interrupción alguna. Además, la anterior tersura estilística ha sido reemplazada por oraciones largas y sinuosas, que no le conceden respiro al lector receloso de los laberintos. La conjetura, entonces: lo que Halperin Donghi nos está proponiendo es una conversación (el texto se lee como si, en verdad, fuese la

desgrabación de una extensa charla), con sus avances y retrocesos pero siempre apasionada y casi siempre apasionante. Por eso, más que escribir una reseña, prefiero valirme del espacio disponible para intervenir en dos momentos de esa conversación, una vez con ánimo crítico y la otra con ánimo laudatorio.

Cuando un intelectual busca apresar el “sentido” de su tiempo es por demás normal que haga cortes, establezca distinciones y, sobre todo, identifique períodos en los cuales supone que se ha consumado una historia y se ha iniciado otra. El riesgo del procedimiento es que puede opacar, a la vez, las rupturas en el interior de cada uno de los períodos considerados y las continuidades que existen entre ellos. Por ello, es especialmente en este punto donde me hubiese gustado que el autor explicitara más sus juicios ordenadores —y que los fundamentara—.

En su libro de 1964, Halperin Donghi analizaba un tercio de siglo de “lavadada guerra civil” en la Argentina, donde ninguna solución política se mostraba capaz de estabilizar al conjunto de la sociedad —aunque esto no tuviera necesariamente un desemboque violento—. Treinta años después (y a unos veinticinco de sucedido el desemboque), esa “recíproca denegación de legitimidad de las fuerzas que se enfrentan” es presentada como el rasgo más característico de nuestra vida política “hasta casi ayer” (p. 11).

Resulta difícil discrepar con esta tesis general; pero justamente por eso, ¿hasta dónde es útil llamar “peronista” en su conjunto a esa Argentina desgarrada del último medio siglo? Más aún cuando el mismo Halperin Donghi reconoce, por ejemplo, que Alfonsín “— pese a un lenguaje remozado— se [mantuvo] fiel en lo esencial a la tradición originaria del radicalismo” (p. 119). En realidad, el problema reside en saber qué debe entenderse aquí cuando se habla de una “sociedad plasmada por el peronismo” que habría llegado a su término con la hiperinflación de 1989 (p. 140). Si se alude con ello al papel que han desempeñado en el país las grandes corporaciones del capital y del trabajo, la observación resulta mucho más válida respecto de las segundas que de las primeras y, en cualquier caso, la actual pérdida de poder de los sindicatos tiene menos que ver con su filiación peronista que con procesos de transformación que no se dan solo en la Argentina. Si la referencia es a los cambios que han ocurrido en la estructura social, nuevamente se deben a fenómenos que comenzaron antes de la llegada de Perón al gobierno y cuyas mutaciones ulteriores solo en parte pueden ser causalmente atribuidas al movimiento que lleva su nombre. Por otro lado, ¿en qué sentido (y con qué ventajas) puede también designarse como “peronista” a la Argentina de las dictaduras militares de un Lanusse o de un Videla?

Entendámonos: no cabe ninguna duda de que en el país ha perdido poder el Estado nacional, que han dejado de ser centrales las fuerzas armadas o que

ha perimido un modelo económico que empezó a cobrar forma en los años treinta. La Argentina de hoy es, por cierto, muy distinta a la de hace unas décadas y este se ha vuelto ya un lugar común en la literatura. Pero si se le pone el rótulo de "peronista" a todo el período histórico al que se refieren tales constataciones es porque se les quiere agregar un *plus* de significado. Y es este *plus* el que no se halla suficientemente elucidado en el texto.

Queda una alternativa menos trivial y mucho más interesante: que Halperin Donghi esté designando de esa manera a todo un estilo de hacer política, marcado precisamente por esa concepción de la política que tenía Perón, según la cual esta se "reducía a una técnica para suscitar la obediencia" (p. 25). El problema es que, a la luz de los casi seis años de gobierno de Menem y de procesos como el que condujo a la reforma constitucional, se trata de un estilo que sigue gozando de muy buena salud, según vienen de atestiguarlo los resultados de la última elección presidencial. Más todavía: en gran medida, es justamente a él a quien le debemos la exigua intensidad republicana del tipo de democracia representativa que se ha instalado en el país. Tanto es así que solo sabremos hasta qué punto se encuentra verdaderamente consolidado el régimen constitucional el día que se produzca la alternativa entre un gobierno peronista y otro de signo diferente, y que este pueda ejercer sin retaceos el poder. Por ahora, y desde esta perspectiva, si algo parece haber agonizado insanablemente en el período del que se ocupa el autor es la Argentina radical, no la peronista.

A mi juicio, las partes más interesantes y originales de la conversación son las que se refieren a los años setenta. Así, por ejemplo, Halperin Donghi observa con agudeza que el desafío de la guerrilla se hizo mucho más "insidioso" por "su falta de raíces profundas en el conflicto social", de modo que "contra él de nada servían las soluciones conciliatorias para ese conflicto..." (p. 98). Pero, sobre todo, el autor hace una excelente descripción del terrorismo de Estado, haciendo hincapié en los "factores de disolución [que] se hacían sentir también intensamente en la administración cotidiana del poder" (p. 101). Este es un tema crucial que ha recibido escasa atención y que algunos usos superficiales de la noción de "régimen burocrático-autoritario" solo han contribuido a oscurecer. Como observa Halperin Donghi: "La administración descentralizada del terror por parte de un régimen irremediablemente incoherente hacía imposible fijarle normas y límites desde lo alto" (p. 102). El resultado fue un "terror incontrolable" que iba a ser usado, a veces, para dirimir cuestiones políticas ajenas por completo a la subversión y, más frecuentemente, "como instrumento para alcanzar ventajas personales" (p. 103).

Hace ya unos años, A. Breton y R. Wintrobe mostraron que algo similar ocurrió en la Alemania nazi (véase *Journal of Political Economy*, 1986, 94:5). Contra las versiones en uso acerca de una rígida burocracia totalitaria,

las líneas de comando fueron allí característicamente laxas y la misma imprecisión de las órdenes generales fomentó de manera permanente el celo competitivo de los funcionarios. Desde esta perspectiva, individuos como Eichmann aparecen más bien como una especie de “empresarios burocráticos” del terror, que se desvivían por satisfacer mejor que otros las demandas de sus superiores inmediatos y que eran muy bien recompensados por sus logros.

Fue, entre otras cosas, por eso que escribí en 1988 que, al beneficiarlos con la defensa de la obediencia debida, a los militares argentinos se los estaba considerando, de hecho, “peores que los nazis”. Aunque no se interne en forma expresa en estas cuestiones, el análisis de Halperin Donghi viene a darle aún mayor sustento a tal posición y quitándoselo a esa defensa. Porque, además, hay un interrogante de fondo que se desprende tanto de aquel estudio del caso alemán como de este del caso argentino: ¿qué les hubiese pasado a individuos como Eichmann o sus epígonos locales si desobedecían o reinterpretaban las órdenes que recibían (para no hablar de los numerosos episodios que fueron de su propia cosecha)? Según ese modelo simplista de una aceitada y eficiente “máquina burocrática” al que siempre apela el argumento de la obediencia debida, lo menos que cabría imaginar es que los hubieran triturado. Los datos disponibles sugieren, en cambio, que hubiesen sido postergados en algún ascenso o trasladados de lugar o que hubieran gozado de menores prebendas. Muy probablemente, eso habría sido todo.

Dije que solo iba a intervenir en dos momentos de la conversación que nos propone Halperin Donghi y ya lo hice. Pero sería injusto cerrar estas líneas sin agradecerle al autor la posibilidad misma que nos ofrece de entablar un diálogo inteligente y necesario sobre la realidad contemporánea de nuestro país. Porque al margen de los acuerdos y de las discrepancias que se puedan tener con sus puntos de vista (en mi caso, los primeros superan claramente a las segundas), lo valioso es el compromiso permanente con el examen crítico de esa realidad en el que ha perseverado un historiador notable que nunca aceptó recluirse en el ámbito restringido de su especialización profesional.

TULIO HALPERIN DONGHI
LA LARGA AGONÍA DE LA ARGENTINA PERONISTA

LUIS ALBERTO ROMERO

QUE TULIO HALPERIN es un agudo analista de la historia política no es una novedad; que ha aportado sorprendentes y brillantes ideas y nuevas maneras de ver lo conocido, tampoco. No es eso lo que llama la atención en este pequeño libro, en el que recorre la historia argentina reciente y concluye una reflexión iniciada treinta años antes en *Argentina en el callejón*. Lo es, en cambio, la manera que aquí elige para hacerlo: un ensayo ciertamente complejo, pero organizado alrededor de una hipótesis llamativamente simple, y a la vez una exposición, menos velada que de costumbre, de sus propios supuestos, de su "trastienda".

En un texto relativamente breve y particularmente descorazonador para quien no esté acostumbrado a su prosa, pero claro y transparente una vez que se traspasa ese umbral, analiza la "revolución peronista", la sociedad que surgió con ella, su decurso —quizá más largo que propiamente agónico— y su abrupto final, en las jornadas de la hiperinflación de 1989. Como es común en él, examina la política en relación con los cambios socioeconómicos y combina, a veces de manera un poco abrupta, dos lógicas: la de la lucha por el poder entre actores específicamente políticos, y la de los conflictos que enfrentan a los actores más importantes de la sociedad, cuyos impulsos, más fijos, operan como grandes delimitantes de la acción política.

Su examen tiene además un toque absolutamente idiosincrásico: reflejar las conductas políticas presentes en el espejo del pasado, de las situaciones ya vividas, de las opciones tomadas, de los errores cometidos. La apelación a las tradiciones políticas —ver a Perón a la luz de Roca o de Mitre— le permite a Halperin construir algunos de los momentos más brillantes del texto, pues lo paradójico de

tales comparaciones, a veces excesivas, como la que establece entre Alfonsín y Rosas, ilumina de manera provocativa situaciones o procesos conocidos y algo estereotipados. A la vez, al trasladar actores y conflictos políticos cercanos al más calmo escenario del siglo XIX, dominado en forma casi exclusiva por las notabilidades, Halperin se instala en un terreno en el que sin duda se mueve con más comodidad. Sobre todo, un recurso de escritura que apela permanentemente al *dejà vu*, abona una imagen de sombría e ineluctable determinación del pasado sobre el presente, que a mi entender preside todo este ensayo.

En suma, el argumento principal y a la vez el hilo conductor es la historia política. La economía ocupa un lugar menos importante que en otros textos similares de Halperin —llama la atención, por ejemplo, cierta ligereza en la consideración de la política de Martínez de Hoz y sus efectos— y el recurso al argumento supremo de la historia más clásica —la capacidad virtuosa del hombre político—, es usado de manera quizá demasiado frecuente, en el lugar donde se esperaría una explicación más elaborada: Onganía fracasó por su “casi sobrenatural ineptitud para entender la política”, y los jefes montoneros por “sus ambiciones desaforadas” y su “incurable frivolidad”.

Junto a estas incursiones en lo coloquial, con las que Halperin suele establecer una complicidad con lectores menos capaces de seguirlo por zonas más complejas de su explicación, aparecen varias ideas e hipótesis verdaderamente brillantes, sin duda llamadas a instalarse pronto en el sentido común de historiadores y docentes. Señalaré tres. La primera, el conflicto entre dos legitimidades políticas inconciliables —una que apela a las virtudes cívicas y otra a la eficacia del Estado— que Halperin encuentra subyacente en la historia política más contingente. A ella apela de manera recurrente en el texto —sin mayores cambios en su forma— para sacar a veces corolarios sorprendentes, como la coincidencia tácita entre el Perón exiliado y la dirigencia antiperonista acerca del escaso valor legitimador del sufragio y lo innecesario de su restitución. La segunda se refiere a la larga agonía del Estado, corroído por un contacto íntimo con quienes, luego de beneficiarse de su apoyo, terminaron devorándolo; pero también desangrado por la progresiva desaparición de una burocracia brillante y eficiente, dotada de un espíritu de cuerpo que, visto a la luz del presente, fue sin duda sorprendente. El tercero se refiere a la naturaleza ambigua del consenso peronista, su fuerza obvia, y su debilidad, en tanto, fundándose en una reclamada unanimidad, no pudo erradicar una minoría intransigente. Esta idea —que hemos leído más toscamente expuesta en otros textos recientes— exhibe en esta, su versión original, todo su potencial explicativo.

Menos clara es su caracterización de un concepto sin duda central en este texto: la “sociedad peronista”, que al “negarse a desaparecer” luego de 1955 (o quizás antes), se ubica en el centro de las conflictividades del país. Su existencia se evoca como explicación última de procesos más circunstanciales, como el gran horizonte determinante de conflictos y posibilidades. En el texto aparece de modo

recurrente, de una manera hasta mecánica, que recuerda la apelación que en otros contextos suele hacerse a la "nación" o a la "clase dominante".

De la "sociedad peronista" se nos dice inicialmente que ha surgido de una revolución social, de naturaleza tan evidente que "para advertirlo bastaba caminar por las calles o subirse a un tranvía". He aquí toda una promesa de una mirada amplia y compleja, volcada a lo social y a lo cultural, al mundo de los lenguajes, los reconocimientos y las identidades, de las formas de vida y los conflictos por el consumo quizá, que luego sin embargo no se concreta. Que se trató de una "revolución" (y Halperin recuerda que hay muchas maneras de revolucionar una sociedad) forma seguramente parte de los acuerdos implícitos con aquellos de sus oyentes que, en otro momento, creyeron en una única forma de ella. En qué consistieron sus frutos, solo puede deducirse reuniendo con esfuerzo, a lo largo del texto, las referencias a su posterior disgregación: la "revolución" crea un sindicalismo fuerte, capaz luego de 1955 de "sobrevivir y medrar"; crea un sector de trabajadores industriales que ha conquistado una posición de primacía en el mundo del trabajo, y que defiende lo que es la clave de ella, el pleno empleo; también un sector empresarial que, en torno de ese pleno empleo, puede construir subterráneos consensos con los trabajadores y exigir del Estado ese tratamiento preferencial que culmina en íntima y voraz relación; finalmente un Estado, que en el contexto del "bienestar" puede organizar esas relaciones, hasta que sucumbe en el intento. En suma, la "sociedad peronista" se presenta en los términos socioeconómicos más clásicos, los que se reconocen en otros análisis sin duda importantes, desde la literatura de la "alianza de clases" hasta la del "Estado burocrático autoritario". Halperin ha examinado esta literatura en otros lugares, y en este mismo texto, de manera extremadamente crítica; sin embargo, sorprendentemente, en esos conceptos parece agotarse la explicación de su variable clave.

Esta singularidad trasciende la referencia a ese fondo social que, como telón, ofrece la significación última de los procesos políticos, y vuelve limitada su misma explicitación de la dramática vida política. La brillante caracterización de la reivindicación democrática que inaugura el radicalismo, en términos de "religión cívica" encarnada en un "aparato electoral", sin embargo deja fuera una parte del asunto que me parece sustancial: los usos que la gente, la sociedad organizada de alguna manera, hace de la democracia; las razones propias por las que cree en ella, las prácticas sociales más concretas en las que enraíza y de las que se alimenta. Y no se trata solo de explicar civismos altruistas sino por ejemplo prácticas tan concretas como aquella que con una paradoja solía retratar Jauretche: el voto que se vende es el más libre, en tanto la democracia es también una ampliación del mercado electoral, y los ciudadanos, los acrecidos oferentes de un bien demandado.

Esta ausencia de la gente (y elijo deliberadamente un término poco epocal) es mucho más notable en la explicación de los conflictos sociales de los años

1960/1970 (nuestra cronología política es resistente a las décadas). De este fenómeno se nos dice que son “tumultos urbanos” protagonizados por “todos los sectores políticos y sociales marginados por la gestión de Onganía” (quizá simplemente por aquella “ineptitud para la política”), “insurrecciones populares de ancha base [que] iban a perder paulatinamente intensidad y frecuencia...”. De ahí en más, Halperin solo se ocupa de las organizaciones armadas, un terreno de la historia política protagonizado por élites, que evidentemente transita con más comodidad. Me parece difícil admitir que se pueda explicar esta época sin recrear ese estado de movilización tan singular de la sociedad (probablemente mucho más cercano de la Gran Revolución que los saqueos de la hiperinflación), en el que la realidad parecía clara, transparente y plástica, y en el que en cada conflicto mínimo —así fuera una plaza sucia, un jefe autoritario o un texto de estudio inadecuado, por no mencionar los problemas de los villeros o los de los pequeños productores algodoneros— parecía ser expresión de la única y gran contradicción de la sociedad: la dependencia o la liberación. Pero además, la misma explicación del fenómeno de Montoneros parece insuficiente cuando se habla de “la muchedumbre de simpatizantes que sus éxitos le habían deparado” para referirse al proceso de su encarnamiento en los conflictos de la sociedad, a través de esas organizaciones de superficie que en un momento englobó la Juventud Peronista, y a las que el peronismo daba un equívoco imaginario común. Me parece que muchas cosas importantes —y de las más dramáticas de la historia— pasan por esa relación entre organización armada y sociedad movilizada (en el sentido más amplio del término, ese que ubica a 1993 en las antípodas de 1973). O mejor dicho, pasan por la ausencia de cualquier otra dirección que no fuera la de los que, solo en este contexto y planteadas estas circunstancias, parecería relevante calificar de “ambiciosos o arrogantes”.

Más desconcertante aún es su tratamiento del Proceso y del terror de Estado. Es posible, entendible y valioso, que Halperin, a la inversa de lo que hace con la “sociedad peronista”, se preocupe más por mirar las cosas desde un ángulo original que por repetir lo ya establecido. Pero aun así es sorprendente su explicación acerca de los destinatarios del terror. ¿Contra quién y para qué? La relación entre conflictos sociales y terror (tan obvia en, por ejemplo, la represión a los cuadros sindicales de fábrica), o aquella otra entre el terror y la política económica de Martínez de Hoz (de la que Halperin subraya sobre todo sus límites, su imposibilidad de afectar masivamente el pleno empleo), presente en las interpretaciones hoy circulantes en nuestra sociedad, no es señalada ni tampoco criticada. Halperin se concentra en un aspecto sin duda interesante pero que me parece secundario: la “enfermedad” que los militares detectan en una clase dirigente y en una sociedad toda que ha aceptado con demasiada naturalidad el ejercicio de la violencia por las organizaciones armadas, y a la que es necesario volver a disciplinar y hacer entender qué cosa significa, en el fondo, aquello del monopolio de la fuerza. Ciertamente se trata de un fenómeno cultural significativo, como lo

es aquel corolario con el que Halperin se entusiasma: el uso por los propios militares de este recurso, para dirimir conflictos internos y lograr posiciones o réditos personales.

Tal enfoque, sin duda chocante en la Argentina de hoy, no parece atribuible a un desconocimiento de la magnitud del horror —que el mismo Halperin ha tematizado con hondura en otros textos— sino a que no cree que pueda ser presentado como el desenlace adecuado de un drama que se prolonga después de él y culmina en otra parte. Este y otros rasgos de estilo me parece que llevan a lo más singular de este texto: su rígida ordenación en torno de un razonamiento. Singular porque Halperin, diferenciándose de diversas tradiciones historiográficas, nos acostumbró a nosotros, sus lectores y sus alumnos, a los relatos abiertos, de comienzos inciertos y finales hipotéticos, donde los complejos entramados causales, las múltiples líneas que venían del pasado, ni siquiera se ordenaban en unas conclusiones provisionales y parciales que, al menos en los límites de un texto, cerraran un razonamiento. Nada menos teleológico que los textos de Halperin.

En este, en cambio, se nos dice de entrada que un episodio singular —la hiperinflación de 1989— constituye un desenlace omnicomprendivo, un nudo, al que confluyen “los múltiples procesos paralelos y entrelazados”. Mas aún, “en esa tormenta [de 1989] se cortaron los nudos que tenían a la Argentina de 1964 prisionera de su callejón”, pues la “crisis resolutive” es “uno de esos momentos en que se ve cambiar súbitamente el rumbo de la historia”. Es posible que sea así, pero Halperin no nos acostumbró a pensar en esos términos. En este mismo texto, aludiendo a quienes han visto en el Proceso y el terror un fenómeno similar, parece advertirnos contra su propio razonamiento, cuando critica

la consoladora ilusión que nos sugiere que las grandes tragedias históricas tienen siempre un papel esclarecedor (y ello no porque traen a la superficie realidades escondidas, en tiempos más normales, bajo los pliegues de un curso histórico excesivamente rutinario, sino también porque su tajo brutal viene a resolver de un solo golpe problemas acumulados en etapas más apacibles) [...].

La explicación en sí es sorprendente, no porque no sea verosímil, sino porque —quizá por ser para Halperin tan abrumadoramente verosímil— no hay el menor intento de explicarla o fundamentarla. Más aún, no se trata de una explicación económica —la crisis en sí no habría sido tan grave como se la percibió—, sino que su esencia transcurre por zonas incógnitas del imaginario social, por el territorio de la profunda introspección de una sociedad que, en un dramático *insight*, descubre en ella la amenaza de desintegración. Sobre todo, se trata de una experiencia cuya memoria, permanentemente evocada y quizá reconstruida, sirve de fundamento al orden socioeconómico y político que se perfila después de la crisis. La explicación es sin duda sugerente y apasionante —si no novedosa—, precisamente porque apela a zonas de la realidad que este texto no frecuentó antes.

Hay mucho de fatalismo en ella, y aquí se puede reconocer la fisonomía más clásica de Halperin. En algún momento —¿con aquella “revolución peronista” que quizá no debió haber sido?— se ató ese nudo que atrapó a la Argentina, que la metió en una crisis cuya resolución se va materializando inexorablemente. No hay aquí combates, posibilidades, victorias y derrotas, sino ilusiones, más o menos bobas, y un destino inapelable. También, una Casandra que encuentra en la desgracia final, al menos el consuelo de la confirmación de un pronóstico.

ACERCA DE *LA LARGA AGONÍA DE LA ARGENTINA PERONISTA*
DE TULLIO HALPERIN DONGHI

SILVIA SIGAL

ESTE RÉQUIEM A LA ARGENTINA de posguerra marca un antes y un después en la manera de pensar y escribir sobre nuestra historia reciente; más, creo, debido a la felicidad con la que organiza lo que ya sabíamos que por cuanto hay allí que ignorábamos. Integrados en la trama tejida –o destejada– por Halperin Donghi, ese saber se muestra fragmentario o parcial. Devolviéndonos una imagen ya presente en escritos de los últimos veinte años, constituye una narración distinta capaz de contener mucho de lo que se escriba sobre la Argentina que se perfila hoy.

¿Cuánto y qué hay de nuevo en este magistral recorrido de más de cuatro décadas? No tanto en el análisis del “juego imposible” que llevó a la *fitful republic* (está dicho exactamente en la mitad del libro) que en la identificación retrospectiva de los cambios que se fueron produciendo. Pienso que la perdurabilidad de este segundo ensayo de Tulio Halperin Donghi acerca de la historia argentina moderna provendrá sobre todo del análisis de la desagregación de los protagonistas de la “sociedad peronista”.

Después de recordarnos la importancia y la capacidad de adecuación a coyunturas cambiantes de esos actores híbridos (esto es, las demasiado íntimas conexiones entre lo político, lo social y lo económico) y la progresiva crisis del Estado –fiscal, burocrática y política–, Halperin Donghi analiza los cambios –en el agro pampeano, en las clases populares, en los sindicatos, en el estamento militar, etc.– que la fijeza de la crisis política oscurecía, se nos muestra hasta qué punto, siendo los mismos, habían sido profundamente transformados, y con ellos la “sociedad peronista”, sus ejes de acuerdo y de conflicto.

El prólogo afirma el propósito de “rastrear en el pasado la huella de los múl-

tiples procesos paralelos y entrelazados que iban a encontrar su nudo y desenlace en ese instante resolutivo". En efecto, esos procesos no son el anuncio del desenlace, riesgo que corre una historia estrechamente retrospectiva. El "instante resolutivo" de esta historia retrospectiva no está inscripto ni en esas transformaciones ni en las nuevas y crueles formas que fue asumiendo la crisis argentina. Estas son, en cambio, el marco dentro del cual el *shock* hiperinflacionario vino a ser el "instante resolutivo", y dentro del cual se gestó y se puso en marcha la operación quirúrgica que deshizo las bases de la "sociedad peronista". La catástrofe hiperinflacionaria mostró el límite final a una sociedad exhausta; esta hizo de aquella una experiencia catártica, pero no podrá afirmarse que la haya determinado.

Ni la transformación de la acción sindical ni la interpenetración entre el Estado y los grupos económicos, ni los cambios en el tipo de legitimidad política son manifestaciones sectoriales de una tendencia global, que derivaría del agotamiento de una sociedad que se acerca a su término. No se intenta encontrar allí las razones que explicarían el desenlace. Si así fuera, poco agregaría a lo que ya sabemos sobre el punto de llegada, el actual. Se trata de evoluciones que, insertadas en los mismos dilemas colectivos, tienen su lógica y sus razones propias. Por eso, creo que esos cambios nos dicen mucho más sobre la sociedad posperonista que lo que el autor pretende, y por otra parte permiten explicar fenómenos que no son ni deductibles de las *impasses* de la "sociedad peronista" ni necesarios para resolverlas. Así, el terror instaurado por la dictadura militar. Halperin Donghi subraya que, lejos de superar los antiguos dilemas, esa experiencia quedó apresada por ellos. Sabíamos, efectivamente, hasta qué punto los consensos precedentes enmarcaron las iniciativas económicas del gobierno militar, autorizando la inclusión del Proceso en la historia iniciada en los años cuarenta; el terror estatal, en cambio, no se deja fácilmente incorporar a esa historia. Sin embargo, más sutil, la relación existe. En páginas definitivas este ensayo demuestra hasta qué punto la crueldad y el salvajismo de la represión, sincera o gangsteril, lleva la marca de los cambios experimentados por las fuerzas armadas y, más allá, de la sociedad entera. El terror de Estado en tanto tal es probablemente inexplicable, pero las modalidades que asumió en la Argentina, en cambio, se comprenden aquí en el contexto de una evolución que, si remite a la propia historia de las fuerzas armadas, converge en el proceso de degradación de los protagonistas de la "sociedad peronista".

Este ensayo deja abierto, con un final que no es optimista y que no tiene por qué serlo, el interrogante acerca del rumbo de la sociedad posperonista, después de haber puesto el cerrojo a un período histórico. El despliegue de cuanto en él había de inexorable explica en gran medida la fascinación que me produjo su lectura. A sabiendas o no, unos y otros ingresan en un tinglado donde tienen reservado un papel. Militares o civiles, radicales o peronistas, obreros y clase media, todos contribuyeron a alimentar un sistema que los alimentaba, en un vasto pro-

ceso de parálisis colectiva, que tiene un comienzo y un final. Aquí se nos relata una historia que es, antes que nada, el desarrollo de un comienzo. Porque si es cierto que la "revolución peronista" recibió en herencia una democratización fallida y un "conflicto de legitimidades" que pesarían sobre nuestra historia, Tulio Halperin Donghi nos dice que ese comienzo encerraba las claves de la crisis argentina. Sabemos, al llegar a la página 29, que no nos espera sino la reiteración, en una espiral cada vez más cerrada, de las manifestaciones de ese nudo inaugural, el de una "sociedad nueva que aunque no tenía modo de perdurar, sencillamente se rehusaba a morir." Así, los episodios de las décadas siguientes tienen mucho de una tragedia: movimientos forzados de protagonistas que perseveran en su ser, solo a medias capaces de evaluar los cambios que se van produciendo o de modificar las reglas del juego.

Aunque más no fuera por eso, este libro tendría ya el mérito de mostrarnos, razonadamente, el recorrido argentino del agotamiento de un modo latinoamericano de organización social; daría carne y hueso a los esquemas que pululan en la sociología política o en la politología contemporáneas. No sería poco. Pero aunque este no sea un libro de historia en el sentido tradicional del término, tal como se nos anuncia en la contratapa, es de todos modos un libro de historiador. Eso, o quizá simplemente el talento de Halperin Donghi, explica que *La larga agonía* no sea solamente el relato de las vicisitudes de una sociedad obcecada y de actores cuyo comportamiento estaba predeterminado por aquella situación inicial, la del 46. Esa trama, mayor, que el autor mantiene tensa y explícita a lo largo de todo el libro, está cruzada por otra, menos estructural por así decirlo. En esta, si no de oportunidades perdidas al menos sí se alude a alternativas, a momentos en los que el país pareció querer o poder salir de su recorrido cíclico, momentos que surgieron gracias a la voluntad política y que se perdieron por la ceguera de un grupo o la tontería o ambición de un hombre.

Doble contrapunto, entonces. Por una parte, el que incluye pasiones y errores en la convincente reconstrucción de una historia que no podía ser otra que la que fue; por la otra ese, delicado, que relaciona los cambios en la sociedad, la economía y la política. En efecto, el peso de las inercias colectivas nada tiene que ver con una lógica de estructuras. La resistencia de la sociedad peronista se origina, sin excepciones, en interpretaciones de la situación hechas por grupos políticos o sociales, en choques o complementariedad de estrategias, en relaciones entre intereses y objetivos. Tulio Halperin Donghi cita a Marx y con razón, ya que indica así de manera tan correcta como inevitablemente ambigua su propio enfoque: los hombres hacen su historia sin saberlo. Cada agente social ingresa en este libro con sus propios intereses, sus motivos específicos, sus valores, sus tradiciones políticas; pero sea como fuere, triunfando o fracasando en sus empresas particulares, todos recrean los dilemas de la vieja sociedad.

En este sentido, el libro es un proceso a toda la sociedad argentina: si ha habido grandes culpables, nadie ha sido enteramente inocente. Todos fueron respon-

sables, por frivolidad, ceguera o astucia, por egoísmo o por equivocados altruismos. Halperin Donghi roza una idea fuerte de la cultura argentina, la de un pecado original que condenó al país; digo roza, porque al fechar el nacimiento de una sociedad no viable, autorizaría a leer la historia argentina como un acontecer predeterminado. Pero esa idea, inseparable quizá de una lectura voluntaria y explícitamente retrospectiva, se diluye gracias a la descarnada descripción de la convergencia, por no decir la complicidad, de los diferentes actores.

Quisiera terminar con una última reflexión; resulta difícil leer este libro sin recordar *Argentina en el callejón*, del cual es, explícitamente, la continuación. Y por varias razones. La primera y más obvia es que podemos yuxtaponer, sin solución de continuidad, los párrafos finales de ambos: “la resistencia vigorosa a entrar en la historia contemporánea” de la cual se nos hablaba en 1964 ha sido vencida por la hiperinflación —y los cambios que ella hizo posibles—; el país “ha logrado finalmente evadirse de su callejón”, nos dice ahora Halperin Donghi. La segunda razón es la seducción que ambos ejercen, que proviene sin duda menos de una prosa no siempre tersa que de la demostración deslumbrante de diagnósticos en gran medida compartidos. De esto habla quizás ese “clandestino acuerdo” al que Halperin Donghi atribuye perspicazmente el “paradójico” éxito de 1964, y que se repite, ya no clandestino, en 1995. Es que si muchos sospechaban entonces que la Argentina estaba entrampada, hoy es evidente para todos, que se ha cerrado un período histórico. Pero, ¿hasta qué punto hay continuidad entre ambos relatos? En 1964, formaba parte del “acuerdo” situar el origen de la crisis en 1930 y ver en la nostalgia del orden perdido entonces uno de los motivos de la resistencia del país a cambiar. No se ignoraba, naturalmente, que el peronismo determinaba o, al menos, manifestaba de manera demasiado evidente las dificultades para salir de la *impasse*, pero 1930 seguía siendo un punto de origen ineludible. En 1995, en cambio, creo ver un desplazamiento tanto en la perspectiva histórica de Tulio Halperin Donghi como en nuestra percepción. Hoy, antes de leerlo, compartimos ya un diagnóstico algo diferente. Si 1930 sigue marcando el fin de una era, los años cuarenta son el punto de partida indiscutido de la larga crisis argentina. Podrá quizá debatirse si, y hasta qué punto, la Argentina peronista era inviable, pero no por cierto que el país entró a partir de entonces en un largo laberinto debido, esencialmente, a que los cambios sociopolíticos no eran compatibles con las posibilidades económicas del país, y porque quienes entonces obtuvieron o lograron mantener su poder se negaron, exitosamente, a perderlo. En 1995 se renueva el acuerdo registrado por Halperin Donghi en 1964, que es ahora en cierto modo doble: sobre el origen de la crisis y sobre el papel decisivo de la hiperinflación, que vino a cortar el nudo gordiano.

La seducción debe mucho a que este ensayo me explica, mejor que ningún otro, en qué y por qué mi propio diagnóstico no era enteramente desacertado. Y las innumerables lítotes agregan a esa confirmación una no menos seductora complicidad.

Argentina en el callejón y *La larga agonía* difieren también en otro aspecto, más significativo. Me refiero a la importancia que se atribuye a lo que puede llamarse factores externos, contexto internacional o consecuencias de la globalización. Este segundo ensayo se caracteriza porque, salvo excepciones contadas, la historia transcurre dentro de nuestras fronteras tanto geográficas como sociopolíticas o económicas. Así relatada, ella otorga un sentido determinado —y por cierto indiscutible— a la catástrofe hiperinflacionaria: el de ser el “momento resolutivo” de los dilemas previos. Puede sospecharse, sin embargo, que fue más que un cierre de época y que tuvo una pluralidad de sentidos; estos, en parte, han de buscarse tanto en el abanico de perspectivas ideológicas, por cierto extremadamente estrecho, que los años noventa ofrecían a la Argentina, como en la presencia de esos nuevos protagonistas, púdicamente llamados los “mercados” —que ya habían intervenido de manera decisiva en los años setenta y en los ochenta—. Tanto mayor sería entonces el mérito de este ensayo; sin necesidad de apelar a cambios mundiales que fueron decisivos, construye en forma eficaz un relato casi exclusivamente local que culmina en un desenlace latinoamericano.

Hoy por hoy, indudablemente, el recuerdo de la hiperinflación configura un horizonte catastrófico, siempre virtual, que legitima el orden, casi cualquier orden. Algo así como la versión invertida y simétrica de la nostalgia por la edad de oro perdida a la cual se aferraba la *Argentina en el callejón*. ¿Será entonces arbitrario ver, en los párrafos finales de ambos ensayos, un análogo llamado a dar la espalda a un pasado que oscurece el futuro: en 1964 la dificultad a renunciar al pasado, en 1995, el terror a retornar a él?

RESPUESTA A CUATRO AMIGOS

TULIO HALPERIN DONGHI

LA GENEROSA OCURRENCIA de reunir los comentarios suscitados en cuatro amigos lejanos por la lectura de *La larga agonía de la Argentina peronista* obliga mi gratitud hacia la dirección del *Boletín*. Esa gratitud se acompaña a la vez de una cierta perplejidad: como lo señala con justicia Pepe Nun, lo que ofrece el librito (que –tal como lo declara su prólogo– reproduce con mínimas modificaciones el texto preparado con vistas a una presentación en el Club de Cultura Socialista "José Arico") no es ni "un relato histórico" ni "una investigación monográfica", sino una conversación; es de temer que al ofrecer a esos comentarios la hospitalidad de un periódico habitualmente más respetuoso de los límites convencionales de la historiografía, su dirección confiera a esa conversación un honor peligroso a la vez que excesivo, que expone a la discusión a la que convoca al doble riesgo de concluir celebrando a ese texto por ser lo que no es, o reprochándole que no sea lo que nunca se propuso ser.

Ambos riesgos van a ser sustancialmente aludidos gracias al seguro tino con que los comentaristas supieron equilibrar los estímulos de la amistad con los deberes que impone una lectura crítica. A todos ellos va también mi agradecimiento. A Silvia Sigal, por la generosa lucidez con que supo adivinar, bajo los titubeos de un texto zigzagueante, lo que me había propuesto decir en él, y por decirlo ella misma con tan eficaz elocuencia. A Marcelo Cavarozzi por la firmeza con que se atiene en sus comentarios a las perspectivas que dentro de ese texto han ganado su asentimiento. Y a Pepe Nun y a Luis Alberto Romero, por haber razonado con tan amistosa franqueza las objeciones que él les inspira. Pero frente a estos últimos, desde luego, no basta el agradecimiento: les debo también una respuesta a sus tan incisivas observaciones.

Entre las que formula Nun, hay dos que me parece importante recoger. En la primera observa que la afirmación de la supuesta decadencia de “las grandes corporaciones del capital y del trabajo [...] resulta mucho más válida respecto de las segundas”, y aun en cuanto a estas, “tiene menos que ver con su filiación peronista que con procesos de transformación que no se dan solo en la Argentina”. Creo que lo primero solo es válido si se habla genéricamente del capital, sin atender a los cambios sufridos por el perfil empresario en la Argentina más reciente; las consecuencias de esos cambios eran ya visibles en el resultado decepcionante de la decisión de un todavía bisoño presidente Menem, cuando en medio del vendaval de la hiperinflación buscó acogerse al amparo de Bunge y Born, solo para descubrir que el poderío real de esa empresa había dejado de ser el de su leyenda. Se reflejan hoy con aun mayor claridad en el modesto eco alcanzado por el veredicto de desahucio formulado solo ayer contra la actual política económica por un coro en que se mezclan armoniosamente las voces de la CGT y la Unión Industrial Argentina, como se habían mezclado en un pasado aun reciente y sin embargo ya tan remoto para dar voz a esos *termination consensus* cuya mortal eficacia supo subrayar con tanta justeza Guillermo O’Donnell.

La objeción de Nun contra un enfoque que busca las claves para la trayectoria de un fenómeno tan particularmente argentino como lo es el peronismo, en transformaciones “que no se dan solo en la Argentina”, da voz a un reparo compartido por otros comentaristas, y que no solo por esa razón merece un comentario más extenso. Ocurre que el peronismo nació de una alternativa de poner al servicio de un proyecto político intransferiblemente argentino (solo comprensible como fruto de la interacción entre actores, –fuerzas armadas, partidos políticos, sindicatos– marcados todos ellos por el papel que les había tocado desempeñar en el marco de una experiencia tan idiosincrática como la abierta en 1930) los efectos de una coyuntura que seguía siendo eco local de la mundial. Así, si no solo en la Argentina la segunda posguerra trajo consigo una oleada de nacionalizaciones, fue en la Argentina donde esas nacionalizaciones se constituyeron en el ingrediente esencial de una independencia económica erigida en una de las tres banderas de un movimiento que aspiraba a vigencia más que coyuntural.

Esa doble vertiente del peronismo –cuyo originalísimo rumbo político daba a su modo respuesta a desafíos económico-sociales análogos a los que en otras comarcas suscitaban otras menos acusadas– es la que impone un enfoque que debe hacer justicia a la vez a lo que ese movimiento tiene de peculiar y a lo que debe a la coyuntura más que local abierta en la segunda posguerra.

Hay otra objeción de Nun que también encuentra un eco a veces casi subterráneo en los restantes comentarios; ella afronta una de las nociones centrales de mi argumento: a saber, la que afirma que el ciclo de la Argentina plasmada por el peronismo está ya clausurado. Para ello expulsa a la sociedad del centro de la problemática que venía a ocupar en mi librito, al definir ante todo al peronismo como “un estilo de hacer política”. Creo que fue Juan Carlos Torre quien prime-

ro señaló que el único rasgo que el peronismo retiene a través de todas sus desconcertantes metamorfosis es la conciencia muy viva de que lo que está en juego en la política es el poder. El amplio eco que su observación ha encontrado —que refleja sin duda el descubrimiento de que ni el paso de las décadas ni el cambio radical en las circunstancias han mellado la eficacia del movimiento peronista como instrumento de conquista y defensa de ese poder—, deriva quizá de que ella viene a responder, sin siquiera plantearla, a la pregunta de si el menemismo es todavía peronismo.

Nun apoya su respuesta afirmativa a esa pregunta en un ejemplo que confieso no encontrar demasiado probante. Tras mencionar aprobadamente mi conclusión de que para Perón la política se reducía a “una técnica para suscitar la obediencia” concluye que “a la vista [...] de procesos, como el que condujo a la reforma constitucional, se trata de un estilo que sigue gozando de muy buena salud”.

No me parece que el ejemplo aducido por Nun imponga esa conclusión: en efecto, el éxito de la tentativa reformista del presidente Menem parece ser más bien el de una técnica para suscitar la aquiescencia. ¿Qué hizo atractivo al proyecto de reforma para nuestros dos grandes partidos, mas allá de las dudosas iniciativas de perfeccionamiento institucional que vinieron a acallar los escrúpulos de su predecesor en la presidencia? Sin duda la inclusión explícita del período presidencial abierto en 1989 como uno de los dos que inhabilitarían para una reelección inmediata, que abría a los aspirantes a la herencia presidencial la posibilidad de disputarla en fecha más oportuna que la de 1995 (cuando el éxito todavía cercano de la convertibilidad condenaba de antemano a los radicales) y la demasiado remota de 2003.

Al apoyar la reforma, los grandes barones del peronismo y el radicalismo no obedecían entonces a una voluntad ajena; se orientaban libremente hacia sus propios objetivos, en un campo que la habilidad del presidente había logrado configurar de modo tal que al servirlos servían aun mejor los de éste.

Si en la cumbre de la pirámide del poder asistimos al triunfo de un estilo político más cercano al del general Roca que al del general Perón, bastará una breve mirada a nuestro entorno más inmediato para advertir que en otras esferas menos exaltadas la continuidad con el estilo del peronismo clásico está igualmente ausente: una universidad en que es posible combinar la abierta militancia en el Frente Grande con los beneficios del programa de incentivos promovido por el Ministerio de Educación tiene muy poco en común con la de 1946-1955 (aunque el espectáculo que ella ofrece traiga menos a la mente el recuerdo del PAN que el del PRI, esa nodriza generosa de todas las contestaciones estabilizadoras, e incite a sospechar que quizás algunos de los involuntarios viajeros de nuestros años terribles hayan sabido atesorar la lección de México).

Más aún que las objeciones de Nun, las de Luis Alberto Romero se dirigen a lo esencial de mi argumento. Le reprocha por una parte el uso demasiado mecánico de la noción —por añadidura no suficientemente definida— de “sociedad pero-

nista", presentada en "los términos socioeconómicos más clásicos", y comparable a ello a las de "alianzas de clases" o "Estado burocrático-autoritario", y por otra, el recurso demasiado frecuente "al argumento supremo de la historia más clásica", a saber, el que invoca "la capacidad virtuosa del hombre político", así cuando se atribuye el fracaso de Onganía a su "casi sobrenatural ineptitud para entender la política", y el patético desenlace del movimiento montonero a las "ambiciones desahoradas" y la "incurable frivolidad" de sus dirigentes.

Creo que algunas de esas objeciones serían más relevantes para un texto más convencionalmente historiográfico que el de *La larga agonía*. Las debilidades que en él encuentra Luis Alberto Romero provienen en parte de que él ocupa una problemática frontera entre una narrativa propiamente histórica y la de unas memorias para servir a la historia de su tiempo.

En cuanto memoria de un pasado que fue vivido como presente, su narrativa se ubica en el movedido punto de tránsito entre el reino de la contingencia y el de la necesidad. Frente al fracaso de Onganía o el de la dirigencia montonera, conserva lo bastante de la visión presentista para preguntarse por los cursos alternativos que podrían haber tomado, de haber tenido la perspicacia suficiente para ello, mientras una visión más exclusivamente retrospectiva preferiría concentrar su atención en las razones que hicieron que tanto la Revolución Argentina como el movimiento montonero se dieran esa dirigencia y no otra más eficaz (un problema que no creo con todo haber ignorado tan completamente como lo sugiere el comentario de Romero).

A ello debe también en parte su opacidad la noción de sociedad peronista, cuyo análisis —como lo señala justamente Romero— nunca es encarado de frente, porque —tal la ilusión en la que se apoya toda tentativa de buscar las claves de un proceso colectivo en una experiencia necesariamente marcada por las coordenadas individuales de quien la ha vivido— la maciza solidez que esa experiencia conserva en el recuerdo confiere a la imagen de ese proceso una consistencia igualmente corpórea. Para decirlo todo, mi candor llegaba aquí hasta creer que sé cómo nació y murió la sociedad peronista solo porque fui uno de las innumerables testigos de ese nacimiento y esa muerte.

Las consecuencias de esa ilusión son quizá menos graves de lo que podría temerse: aunque ella hizo parecer innecesario cualquier análisis explícito de la sociedad peronista, hay en el texto un análisis de esa sociedad que, aunque menos implícito, alcanza una claridad y una precisión que han permitido a Luis Alberto Romero descubrir hasta qué punto está en desacuerdo con él.

Aunque las objeciones dirigidas a esa imagen implícita permanecen en buena medida también implícitas, tras de todas ellas se adivina otra central, que inviste la noción de que fue la hiperinflación y no el terror militar el momento resolutivo del proceso evocado en *La larga agonía*. Esa objeción parecería sin duda más persuasiva si no se afirmase cada vez más, a medida que se avanza en la lectura del comentario de Romero, la sospecha de que ella es formulada menos en nom-

bre de las exigencias de una mirada propiamente histórica que en la de otra memoria –la suya– que ha organizado sus recuerdos del trecho más reciente de nuestro pasado de modo diferente que la mía.

Leamos en efecto la caracterización del momento de apertura de la etapa que Romero prefiere como resolutive, al que describe marcado por un “estado de movilización tan singular [...] en que la realidad parecía clara, transparente y plástica, y en el que cada conflicto mínimo –así fuera una plaza sucia, un jefe autoritario o un texto inadecuado, por no mencionar los problemas de los villeros o de los pequeños productores algodoueros– parecía ser expresión de la única y gran contradicción de la sociedad: la dependencia o la liberación”. Me parece que en este pasaje Luis Alberto Romero –en actitud análoga a la que me reprocha– hace de la evocación el instrumento por excelencia de la reconstrucción del pasado: no deja de ser sugestivo que ocupen el primer plano las plazas sucias y los libros de texto inadecuados, sobre un telón de fondo de villeros y chacareros del algodón, sin que se mencione siquiera el derrumbe progresivo de la autoridad empresaria en fábricas y talleres, en el que –de nuevo– Juan Carlos Torre señaló (creo que de nuevo con justeza) la consecuencia más significativa del temple colectivo evocado por Romero.

Mi experiencia de esa etapa fue demasiado episódica para permitirme oponer una memoria alternativa a la tan vívida que Luis Alberto Romero conserva de ella; solo me queda recurrir a instrumentos más convencionales para buscar y justificar un rumbo en medio de dilemas resumidos aquí en una sola disyuntiva: a saber, la que opone a una “historia política protagonizada por élites” otra que tiene por protagonistas a eso que Romero ha decidido llamar “la gente”.

No sería honrado que lo intentase sin confesar previamente que esa disyuntiva no me parece del todo válida. Para mencionar un ejemplo ilustre, ¿de qué hace historia la de la clase obrera inglesa que debemos a E. P. Thompson, cuyos protagonistas no son miembros típicos de esa clase (hasta tal punto que para más de uno de estos su adscripción a ella está lejos de ser evidente)? ¿Es necesario concluir de ello que esta historia de los orígenes, tan distinta de la de Engels, no es en verdad historia de una clase? ¿O habrá que aceptar, con Jacques Rancière, que, al descartar la concentración en figuras innegablemente atípicas en favor de la reconstrucción de una experiencia de clase a partir de la asignada a sus integrantes menos excepcionales, se renuncia a la única historia que está a nuestro alcance, sacrificándola a un tejido de hipótesis inverificables?

Esa inaceptable disyuntiva nos dice quizá que “la clase” es menos un sujeto histórico que un horizonte sobre el cual es preciso proyectar la acción de sujetos que somos en cambio capaces de percibir como tales para que esa acción adquiera pleno sentido; esta conclusión parece aun más válida en cuanto a “la gente”, que cuando se la fuerza a funcionar como sujeto debe resignarse de antemano a sufrir todos los predicados. Todo esto –que Romero sabe desde luego mejor que yo– no lo recordaría aquí si no fuese que la evocación de esa disyuntiva viene a

legitimar una presentación de la coyuntura de 1973 que me parece excesivamente estilizada por la memoria.

¿Hasta qué punto cabe ubicar la vasta movilización popular que en 1969 invadió la escena política con el cordobazo bajo el signo de “la única y gran contradicción de la sociedad: dependencia o liberación”? No se trata únicamente de que ese dilema solo ganó el primer plano en un momento decididamente más tardío del proceso, sino que, en lo que dice tanto como en lo que calla, esa consigna lleva la huella de una compleja mediación política a través de la cual disidencias y rebeliones de inspiración muy variada pudieron ser canalizadas al servicio de un propósito que las unificaba, pero no pudieron serlo sin que se desvirtuase algo de sus motivaciones originarias.

Así en cuanto a las movilizaciones obreras, ya Daniel James había situado el resurgimiento de la dirigencia sindical de fábrica a partir del cordobazo en la historia más larga de una clase obrera peronista que busca su rumbo entre los polos de un sindicalismo centralizado y unitario y uno que encuentra su centro de gravedad en el lugar de trabajo mismo. El admirable estudio que James Brennan dedicó al sindicalismo cordobés entre 1955 y 1976 confirma esta intuición: por debajo del pluralismo político e ideológico de la dirigencia, los obreros cordobeses siguen siendo peronistas, y la lealtad que pueden tributar a dirigentes que no lo son surge de que reconocen en su discurso heterodoxo la reivindicación del dominio sobre el lugar de trabajo cuya pérdida posterior a 1955 había terminado por contar con la aquiescencia de las cúpulas sindicales.

Esa protesta obrera confluye en la movilización que Romero evoca, pero está lejos de conservar el lugar central que la trayectoria que llevó a 1973 hacía espectral en “esas organizaciones de superficie que en un momento englobó la Juventud Peronista, y a la que el peronismo daba un equívoco imaginario común”, a través de las cuales Montoneros lograba “su encarnamiento en los conflictos de la sociedad”; lo mismo ocurre con la problemática que subtendía su movilización de años, y que el dilema de dependencia o liberación solo recoge del modo más oblicuo. Es esta una de las consecuencias de esa mediación política que Romero, fundándose en una memoria que le asegura que en esa hora privilegiada “la realidad parecía clara, transparente y plástica”, prefiere no explorar, pese a que advierte muy bien que el problema pasa “por esa relación entre organización armada y sociedad movilizada [...] o mejor dicho [...] pasa por la ausencia de cualquier otra dirección que no fuera la de [...] la dirigencia montonera.

Del mismo modo que Romero quiere creer en una relación no mediada entre “los conflictos de la sociedad” y el temple colectivo dominante en 1973, quiere ver en el terrorismo de Estado una respuesta igualmente inmediata y directa a esos conflictos. Así, recuerda la represión de los cuadros sindicales de fábrica, que había sido llevada ya muy adelante en el marco de la guerra entre facciones peronistas, y la relación, que le parece igualmente obvia, entre “el terror y la política económica de Martínez de Hoz”. Sin duda, no ha de negarse que el gobierno

militar no se rehusó a usar ocasionalmente las facilidades adicionales ofrecidas por el terror en el campo laboral, pero ello no impidió que sus relaciones con el movimiento sindical estuviesen más cerca de las establecidas a partir de 1955 por previos gobiernos militares que de las pautas aplicadas a sectores que juzgaba más vulnerables a la tentación subversiva.

Así, frente a las tentativas de reconstruir un nexo institucional entre los sindicatos a través de argucias como la solicitud de permiso para celebrar reuniones intersindicales en que se discutirían problemas de mantenimiento de locales (que no dejaban de ser significativas de parte de instituciones que habían moderado hacía ya tiempo sus ímpetus militantes), la respuesta del poder no iba más allá de una denegación, a la que seguía, luego de un tiempo prudencial, un nuevo intento de parte de los peticionistas, que —como los hechos iban a probar— no se equivocaban al continuar aplicando bajo el reino del terrorismo de estado las tácticas propias de una guerra de posiciones cuyos secretos habían aprendido a dominar en una práctica de varias décadas.

Y apenas se examina la política de Martínez de Hoz en un marco más que nacional, se descubre que sus objetivos fueron sustancialmente los mismos de otras experiencias que no necesitaron del terror para alcanzar un éxito que se iba a mostrar esquivo al argentino. A riesgo de incurrir de nuevo en el reproche de Romero, sigue pareciéndome que fue sobre todo el nuevo contexto económico, consecuencia de los avances de una coyuntura mundial frente a la cual las barreras erigidas a partir de la gran crisis habían perdido su antigua eficacia, el que vino a debilitar en sus raíces mismas un movimiento sindical antes tan vigoroso.

En suma, Romero ubica con entera justeza el núcleo de nuestro desacuerdo cuando subraya que no creo que los horrores del proceso ofrezcan “el desenlace adecuado de un drama que se prolonga después de él y culmina en otra parte”. No podría decirlo mejor, pero el único comentario que me cabe frente a esta formulación tan admirablemente lúcida es el que declara mi total acuerdo con ella. Solo si Romero hubiese ido más allá de oponer memoria a memoria para razonar, con la contundente precisión de que todos lo sabemos capaz, las objeciones que mis conclusiones le merecen, y que —aunque se adivinan muy serias— solo se acumulan sin nunca definirse del todo, una discusión de nuestra es de temer que insalvable discrepancia hubiese sido posible.

